

La cuaresma tiene pues un doble objeto. El primero consiste en tributar á Dios el culto debido, por el inefable beneficio de la redencion; el segundo se encamina á llamar al hombre dentro de sí mismo, para que repase los dias perdidos en el crimen ó en la disipacion, y repare los males causados á sí mismo por el abandono en que ha vivido, y á los demas por el mal ejemplo que les haya dado. En esta soledad, á que lo llama la voz de la conciencia, el ánimo se entrega á serias reflexiones; la razon, divinamente ilustrada, recobra sus derechos perdidos; el espíritu triunfa de la carne; y el corazon, obediente á las inspiraciones de la gracia, se dilata y se prepara para recibir con fruto las bendiciones del cielo.

Bajo este punto de vista, la rigurosa observancia de la cuaresma es de una incuestionable utilidad, civil y política. ¡Cuánto deben las sociedades y gobiernos á la Iglesia, por haberla establecido! Señalar anualmente al hombre, un tiempo determinado, para que medite con mas detenimiento sobre la fragilidad de su sér, sobre la deformidad de la culpa, y sobre sus eternos destinos: es invencion de una sabiduría toda divina. La ciencia y la prudencia humanas, nunca alcanzan á tanto. Pudieron los filósofos, de quienes hemos hecho mencion antes, entregarse á contemplaciones abstractas, ó á cavilaciones sutiles: pudieron conocer dentro de sí mismos la deformidad del vicio, y vislumbrar allá á lo lejos la belleza de la virtud: pudieron experimentar el vacío que reinaba en sus corazones, separados del único bien que podia llenarlos cumplidamente; pudieron, en fin, descarrarse en pos de esperanzas locas y de bienes fingidos: mas nunca pudieron descubrir la luz indeficiente que jamas se oculta, ni mirar con ojos firmes las regiones futuras, ni remontarse, en fin, como el águila, para tender un vuelo sereno á las altas cumbres de la eternidad.

La observancia de la cuaresma ¡cuántos delitos evita! ¡Cuántas reparaciones prepara! Comunica fervor al sacerdote, para desempeñar con celo su sagrado ministerio: da eficacia á la palabra divina, para herir los corazones: estrecha los lazos de las familias, obligando al padre á velar con mas esmero en la educacion de sus hijos, y dando á éstos docilidad para escuchar los consejos paternales: cierra la puerta á los odios y abre los brazos á la amistad: llena de limosnas la mano del rico, y de bendiciones la boca del pobre: obliga á las restituciones de fama y hacienda, restableciendo sus derechos á la justicia ultrajada, y su equilibrio y compensacion á la sociedad ofendida; y estrecha, finalmente, las relaciones entre el cielo y la tierra. Por esto los gobiernos católicos han visto esta institucion sagrada con una veneracion profunda. Los reyes deponen sus púrpuras y coronas vistiendo las túnicas de duelo: los tribunales cesan en sus oficios; y toda la sociedad conmovida y consternada, se apresura á purificarse en las saludables aguas de la penitencia, y á recibir, arrodillada en los templos, el pan de los ángeles, el sustento que da vida, y fortifica al alma contra los enemigos que continuamente la combaten.

Las tres dominicas que preceden á la cuaresma, toman el nombre de Septuagésima, Sexagésima y Quincuagésima, como si dijéramos la séptima, la sesta y la quinta antes de la dominica de Pasion; y ellas